

como si se volvieran iracundas y terribles contra él.

—En Abril de 1931 —continúa—, emprendía la aventura de establecer mi residencia en Madrid, trayendo conmigo a mis padres, a mi mujer y a siete hijos. ¡Y con veinte duros por todo capital en el bolsillo! ¡Dejé allí mis mejores años y toda mi fortuna!

SEGUNDA ETAPA

Abre Santiago Camarasa su pitillera de cigarrillos ingleses. Me ofrece uno. Y cierra la pitillera.

—Yo no fumo —dice—, pero siempre llevo cigarrillos para los amigos.

Luego, sigue su historia:

—Contaba para rehacer mi vida con la protección del conde de la Cimera, director general de Turismo, y también con la de «A B C». Pero a los pocos días de mi llegada a Madrid surge la república. El conde de la Cimera deja de ser director general. Se produce la incautación de «A B C». Todas mis ilusiones se desploman dentro de mí como para derribarme. Pero yo no puedo amilanarme teniendo a mi cargo una familia, y nada menos que una familia numerosa. Me dispongo a trabajar en lo imprevisto. ¿Representaciones comerciales? Muy bien. Lo que sea.

Pero estaba muy arraigada en el escritor toledano su acción periodística y, mientras atiende a esas representaciones, funda una revista, «Mujer», y pone también en pie una Agencia de colaboraciones para periódicos, Prensa Regional; en ella es él mismo, con distintas firmas, autor de casi todos aquellos artículos de colaboración que van a las distintas publicaciones españolas. Camarasa en esa época de su vida escribe de todo. Trabaja intensamente. Trabaja de día y de noche.

—Y al mes de residencia en Madrid —dice— vivía aquí mejor que en Toledo.

Cuenta también:

—Siempre he tenido un afán viajero, que me ha llevado a recorrer todo el mapa de Europa. Con excepción de Rusia, conozco todos los países europeos. En Londres vi cómo se utilizaban para publicidad los billetes de los tranvías. Y al regresar a Madrid implanto aquí ese sistema de propaganda. Tiene gran aceptación. Yo doy regalos a los coleccionistas de billetes tranviarios en combinación con las casas comerciales. Con aquel negocio gano mucho dinero, tanto más cuanto que lo extiendo a numerosas capitales de provincia. Llego a tener ese negocio en diecinueve ciudades. Al mismo

tiempo, soy dueño de una imprenta, establecida primero en el calle de San Mateo y luego trasladada a una casa de mi propiedad en la calle de Alcántara. Pero llega el 18 de Julio del 36, Madrid queda apresado por el marxismo, y en aquel oleaje naufragan mi negocio de los billetes de tranvía, mi imprenta y todo cuanto constituye mi medio de vida. Otra vez sin nada; otra vez, al terminar la guerra, tengo que lanzarme de nuevo a una decisión.

Santiago Camarasa va a empezar entonces, a los cuarenta y tres años de edad, la tercera etapa de su vida.

TERCERA ETAPA

Relata así Santiago Camarasa el origen de la Agencia Internacional de Recortes de Prensa, de la que es fundador y propietario:

—En un viaje a Suiza había conocido el funcionamiento de la Agenci Argus, y pensé, en 1939, en establecer aquí algo semejante. Ya existía en Madrid una agencia de recortes de prensa, pero no consideraba obstáculo esto para mi idea. Y la puse en práctica, por mí mismo, sin ayudantes ni auxiliares, y únicamente asistido por mis hijos, una vez que vi la imposibilidad de que esto fuera labor de un hombre solo. Pero, en principio, nadie más que yo leía y recortaba, y a veces hasta repartía personalmente los sobres.

Me explica don Santiago cómo hubo de distribuir el trabajo entre sus hijos. Los siete se iniciaron en esta tarea. Ahora son cinco los que se ocupan de esto, porque una de las hijas contrajo matrimonio y uno de los hijos se ha hecho marino mercante.

—Pero lo que empezó como labor individual —sigue Santiago Camarasa—, exige hoy más de veinte personas. Y lo que comenzó con un puñado de periódicos tiene ahora un volumen de 4.000 ejemplares, entre publicaciones españolas y extranjeras. Cuatro mil periódicos hay que ver, clasificar y recortar diariamente. Luego viene el meter en sobres los recortes y el distribuirlos a nuestros abonados, distribución que se hace con un equipo propio de ciclistas.

Explica Camarasa que él revisa personalmente todos los recortes que se hacen; que lee unos doscientos diarios en cada jornada; que desde que está entregado a su agencia apenas puede escribir, y que los asuntos recortables han llegado a obsesionarle de tal modo que cuando lee un libro la imaginación se le va a ellos y le cuesta gran esfuerzo enterarse de las páginas que tiene

ante sí y que ninguna relación guardan con su diaria actividad.

Con estas explicaciones es ya fácil componer cómo pasa el día el veterano escritor, que empezó haciendo periódicos y está ahora deshaciéndolos. Pero yo quiero que él mismo cuente la distribución de las horas de su día, de su día de ayer o de cualquier otro de sus días, pues —según me dice— todos son para él iguales, con excepción de los domingos. Los domingos los pasa en El Escorial, o en Aranjz, o en Ceceñilla...

—Los días laborables me levanto a las nueve —dice—, voy a la iglesia de Jesús y, de regreso, me meto en este despacho, donde permanezco hasta muy pasado el mediodía. Las horas de la tarde las dedico a la lectura de prensa extranjera exclusivamente. Y a las siete hago un alto para ir al teatro o al cine. Cuando regreso me recluyo de nuevo en el despacho hasta el instante de la cena. Y después de ésta, otra vez al cine o al teatro, que son mis grandes aficiones. Pero no acaba ahí mi jornada de trabajo, porque al volver a casa reanudo la tarea y sigo en ella hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

—No duerme usted mucho. Y ello acredita que su salud es buena. Los médicos suelen recomendar a los enfermos o enfermizos que duerman ocho, nueve o diez horas.

—A mí lo que me ha sugerido el doctor Marañón es que salga de Madrid en los fines de semana. Esto siempre es bueno. Y de ahí esos viajes a lugares próximos de que le he hablado. Otros viajes apenas hago ya, salvo los veranos. Alguna vez, a Barcelona. Empiezan a cansarme los desplazamientos. Uno no está para viajar como viajaba hace treinta años.

Santiago Camarasa dice esto, sin embargo, con cierta coquetería de hombre a quien nada le abruma en sus sueños.

Me acompaña a visitar las instalaciones de su agencia. Hay en ésta gran actividad. Cada empleado tiene su especialización. Camarasa me explica cómo es cada cual. Me informa también de la clasificación que se hace en los casilleros de los distintos abonados. Yo creo, a la vista de todas estas manipulaciones, que todo esto no es fácil.

—Y no lo es —me dice Camarasa—. Más de treinta años de hacer periódicos me han traído la deducción de que es tan difícil harcerlos como deshacerlos. Es también labor de periodista, cuyo carnet sigue poseyendo con verdadero orgullo.